

constituyen lugares articulan el sistema de enunciación. De este modo, los límites o las separaciones entre el lado de acá y la otredad son figuraciones que emergen desde la marginalidad, allí donde los personajes femeninos son las huellas de la prostitución o de la locura, simulacros de trampas donde el hombre transita el pasaje ritual del poder hasta su transformación. Queca y Brausen/Arce son entonces personajes clave para los cuales la transgresión y el posterior asesinato diluyen la identidad, efecto intensificado en los remedos, las imitaciones, los sarcasmos y las traducciones que ponen en relieve el carácter fundamental de la lengua y el mundo. Ese parece ser el sentido de la repetición de un enunciado: “mundo loco”, dice Queca. Apropiación vacilante de la constitución incierta del sujeto en el carnaval siempre desplazado del lenguaje y lo real.

Nancy Fernández

Universidad Nacional de Mar del Plata / CONICET

Hugo Gola. *Las vueltas del río: Juan L. Ortiz y Juan José Saer*. México: Mangos de Hacha, 2010. 62 pp.

A la reciente publicación de la obra completa de Amaro Villanueva por la Universidad Nacional de Entre Ríos y de Carlos Mastronardi por la Universidad Nacional del Litoral (que además ha reeditado la de Juan L. Ortiz fortaleciendo su intervención sobre el campo literario) se une la aparición de este libro firmado por Hugo Gola que, como Juan José Saer, había puesto a cir-

cular su poesía por el sello litoral-ño algunos años después de la reinstauración democrática en Argentina: *Jugar con fuego. Poemas 1956-1984* sale a la calle en 1987 y un año más tarde, *El arte de narrar*.

Las vueltas del río: Juan L. Ortiz y Juan José Saer se inscribe en la trama de relecturas de la tradición poética que se funda en “la zona” (término que Saer utiliza profusamente y que, más allá de la geografía, designa al universo creado por su escritura que recorta y funde, desde el registro descolonizado del habla rioplatense, experiencias de muy diversos tiempos; como subraya Gola, “su ‘zona’ era un lugar preciso, pero allí sucedían conflictos universales. Algo semejante a lo que fue el Piamonte para Pavese o Dublín para Joyce” [43]). Paco Urondo, Juan José Saer, Hugo Gola son los nombres de los entonces jóvenes poetas que encarnaban las míticas peregrinaciones a la casa de Juan L. Ortiz en Paraná. Hoy, leídos junto a Carlos Mastronardi y Amaro Villanueva: festivales de poesía, homenajes, trabajos de archivo, estudios críticos y una proliferación de investigaciones en curso vuelven sobre ellos y hablan de algo que todavía no se sabe sobre sus escrituras. De esas vueltas participa este texto de Gola.

Sus aportes pueden desagregarse al menos en tres órdenes. En primer lugar, lo que se impone al lector es un relato (algo que casi todo investigador busca cuando solicita una entrevista que pretende obtener algún dato más sobre los escritores que estudia). Tal como lo promete el título, el libro se organiza alrededor de dos figuras: Juan L.

Ortiz y Juan José Saer. Las imágenes que las historias narradas componen confirman las representaciones más o menos extendidas de cada uno: la de un Juanele transido por la fuga del tiempo y por el “dolor y el sufrimiento de todo lo viviente” (7), apasionado por la lectura, al margen de toda ortodoxia y en “actitud alerta” (11) contra los “estragos de la mentalidad provinciana” (posición caracterizada por Beatriz Sarlo como “regionalismo-no-regionalista”); la de un Saer inquebrantable, desmesurado, irascible y polemista (“Saer estaba dispuesto siempre a defender aquello que pensaba, sin medir las consecuencias” [37]).

“Escribo para guardar”, había confesado alguna vez Jacques Derrida mientras se apresuraba a añadir: “para poder repetir aquello que uno ama”. Gola lleva al papel ciertas escenas que había comentado en diversos encuentros. Por alguna razón, quizás cercana a la de Derrida, graba en un soporte más seguro que la memoria de sus oyentes algunas de estas historias: la del joven Saer, expulsado del diario local por sus ideas que incomodaban a ciertos sectores de una ciudad de provincia cuya moral pacata podía soportar un replanteo estético siempre y cuando no hostilizara los entonces aparentemente uniformes ordenamientos de las conductas sexuales; la de su intempestiva y desconcertante intervención en un encuentro de escritores; su audaz confrontación con Jorge Luis Borges sobre la poesía de Juanele durante un viaje en tren, entre otras. Trae también la silueta del ya muy anciano Juanele, despidiéndose de

sus amigos allí mismo cuando cruza su último umbral: “Se recostó por un momento y luego, haciendo un último esfuerzo, se levantó de su cama para, con su cortesía acostumbrada, despedirse de sus amigos ausentes. *Bueno Paco*, dijo, *bueno Saer*, *bueno Hugo*, *bueno Mario*... Luego regresó a su cama y unos minutos después su vida había terminado. Imperceptiblemente cambió de estado; con un último gesto cordial se despidió de la vida, serenamente, como había vivido, como siempre quiso que fuera ese pasaje” (9).

Mientras hilvana estos recuerdos, Gola delinea una imagen de sí a la vez que plantea hipótesis provocativas. Mientras consolida una filiación, una compleja trama de dones y deudas, cuenta su propia historia: su exilio, su relación con la poesía, con el país y sus instituciones; su manera de entender la “patria”, la lengua, la literatura, la gestión editorial. A partir de ella revisa cuestiones nodales de las poéticas de ambos. Gola lee “El Gualeguay” como un “poema épico, a pesar del constante acento lírico del autor” (22); lee la obra de Saer en clave de poesía: “toda su obra, aún la ensayística, debía inscribirse en el espacio de la poesía” (56). La tesis derrideana sobre la participación de todo texto en más de un género sin pertenecer con exclusividad a ninguno, motivada en la obra de Maurice Blanchot, se activa y se reinventa desde otra producción y desde otra desconstrucción: la de Saer que descalabra los géneros y los criterios que orientaban su taxonomía. Los tres escritos sobre el santafesino atan los argumentos que fundamentan su tesis: descrip-

ciones encadenadas sobre cuándo y cómo Saer trabajó en poesía, sobre sus tiempos de escritura y de publicación, sobre sus lecturas y sus traducciones. Simplemente a modo de muestra del riesgo y la potencia de sus conjeturas, vuelvo sobre ese pasaje en el que Gola lee en la práctica de traducción de Saer el hilo de continuidad de su trabajo y de su búsqueda poética: “Aunque ya no los escribiera, no dejó nunca de cortejar a la poesía. Su manera de hacerlo fue mediante el ejercicio de la traducción” (57). Y agrega: “Alguna vez pensé que existía una indudable proximidad entre la obra de Saer y la de un escritor italiano que él admiraba, Cesare Pavese... En ambas la poesía constituye el origen y el fin de la escritura” (58).

Analia Gerbaudo

Universidad Nacional del Litoral /
CONICET

El Japón heroico y galante de Enrique Gómez Carrillo. Edición, introducción y notas Ricardo de la Fuente Ballesteros. Valladolid: Universidad de Valladolid, 2011. 264 pp.

La figura del escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo (1873-1927) empieza a ser revalorizada con nuevas ediciones de su obra literaria. *Treinta años de mi vida, Ciudades de ensueño, Fez, la andaluza, En plena bohemia, La Grecia eterna*, y la obra que nos ocupa, *El Japón heroico y galante*, han sido editadas en los últimos diez años.

Ricardo de la Fuente Ballesteros nos presenta una edición crítica de *El Japón heroico y galante* (2011) en la

que se reproduce la última edición en vida de Gómez Carrillo publicada en sus *Obras Completas* por la Editorial Mundo Latino. En su clara exposición introductoria y las múltiples notas aclaratorias, el lector tendrá acceso a una más que necesaria contextualización de la vida literaria, de la necesidad de Gómez Carrillo por crearse una máscara bohemia, del gusto por hacerse de sí mismo autobiografía, y de la vitalidad que marcó los primeros años literarios de un incipiente escritor que intentaba por todos los medios hacerse un hueco en el mundo literario finisecular, utilizando no ya su exquisita pluma como medio, sino además su habilidad para aunar aún más la dialéctica hombre-literatura: “Él vivió siempre con su máscara y mirándose en el espejo, componiendo su figura, metamorfoseándose en la opacidad de los signos que le representan, con sus puntos de fuga, pero siempre anclado en la teatralidad, en la representación de su yo frívolo, y fondeado en la ciudad de la luz” (30).

Tras un repaso histórico-literario por los primeros años de singladuras periodísticas (*El día, Diario de la tarde*), que en verdad nunca abandonaría (ya posteriormente, *Mercure de France, La Nación de Buenos Aires, El liberal, ABC, Revista de España, Electra, Mundial Magazine*), esta introducción nos descubre el paso de Enrique Gómez Carrillo por París y por el descorazonado Madrid “atada a la tradición e incapacitada para aceptar lo nuevo” (11). Carrillo destacará como cronista y posteriormente como cronista de viajes, género en